

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

La Mistagogía Ignaciana [Ignatian Mystagogy]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Codina, Víctor
Publisher	Departamento de Ciencias Religiosas de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-06-27 11:02:25
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/197898

La Mistagogía Ignaciana

Víctor Codina*

Resumen

La mistagogía es una estructura pedagógico-religiosa que consiste en una iniciación al Misterio. Implica una ruptura de la vida anterior, una introducción a los mitos de origen y una pruebas y ritos iniciáticos que desembocan en un nuevo nacimiento.

Esta estructura la vivió existencialmente Ignacio de Loyola en su proceso de conversión y entrega a Dios, sobre todo en Manresa. Esta mistagogía es la que se refleja en los Ejercicios espirituales que no son un adoctrinamiento ni un voluntarismo ético, sino una auténtica mistagogía al Misterio fundante de la fe cristiana, el misterio pascual de Jesús muerto y resucitado, al que el ejercitante se siente llamado a servir en la Iglesia de hoy. Esta mistagogía ignaciana es hoy sumamente actual para poder ser cristianos en el siglo XXI.

Palabras clave: mistagogía, muerte iniciática, nuevo nacimiento, Ignacio de Loyola, Ejercicios Espirituales.

* Catedrático del Instituto Superior de Estudios Teológicos (ISET) de la Universidad Católica Boliviana de Cochabamba. Correspondencia: Casilla 2175, Cochabamba, Bolivia. Teléfono: 591-4-424 10 41. Correo electrónico: victorcodina@yahoo.es

Ignatian Mystagogy

Summary

Mystagogy is a religious pedagogical structure that introduces into mystery. It implies a break with previous life experience, and an introduction into the myths of origin and initial rites which are the beginning of a new birth.

Ignatius of Loyola experienced this structure in his process of conversion and of giving himself up to God, especially at Manresa. This mystagogy shows in the Spiritual Exercises, which are not a teaching, nor an act of ethical will, but rather lead into the founding mystery of Christian faith: the Easter mystery of the death and resurrection of Christ, which the person going through the exercises is called upon to serve in today's Church. The Ignatian mystagogy is of special importance today, so that we can begin to be Christians in the XXIth century.

Key Words: mystagogy, initial death, new birth, Ignatius of Loyola, Spiritual Exercises.

Introducción

Partiendo de que mistagogía es, etimológicamente, iniciación en el misterio (o misterios), podemos profundizar un poco más sobre lo que se entiende por iniciación. Iniciación es una de las claves para la comprensión del fenómeno religioso, tanto para las grandes religiones de la humanidad como para las religiones llamadas originarias.

Mircea Eliade, uno de los grandes especialistas en el tema, define la iniciación como un conjunto de ritos y enseñanzas orales encaminadas a lograr una transformación radical del estatus religioso y social del iniciado. Desde el punto de vista filosófico, la iniciación equivale a una mutación ontológica existencial. Al final de las pruebas, el neófito goza de una existencia por completo diferente de la que poseía antes: se ha transformado en otro.¹

¹ M. ELIADE, *Naissances mystiques. Essai sur quelques types d'initiation*, Gallimard, París 1959, 10.

Debido a esto, en la historia de las religiones la iniciación no tiene un sentido puramente pedagógico o cultural, sino profundamente religioso, pues en última instancia es iniciación en el misterio, es decir, mistagoga.

A pesar de las diferentes formas de iniciación que se encuentran en la historia de las religiones, hay en todas ellas algunas constantes formales que se repiten siempre.² Toda iniciación implica:

una ruptura o segregación del mundo entonces conocido y habitado, lo cual supone una experiencia de soledad y desierto que anuncia una vuelta informal al caos; una introducción a los mitos de origen, a los misterios originales que explican lo que sucedió al comienzo de la historia, *in illo tempore*; una serie de pruebas y ritos que constituyen el corazón de la iniciación y que implican una muerte iniciática, un descenso a los infiernos, una vuelta a los orígenes primordiales, una *tabula rasa*, el punto cero de la existencia y el cosmos; el nacimiento a una nueva existencia, la vuelta al mundo como un ser nuevo, otro, semilla, neófito, niño recién nacido;

añadamos a todo lo anterior que este proceso de iniciación supone el acompañamiento de un anciano, un maestro espiritual, un experto, sin el cual no hay iniciación posible.

Nada tiene de extraño que la Iglesia primitiva, que ciertamente conocía las iniciaciones helénicas en torno al culto de Isis, Mater Magna, Mitra, Dionisos, Orfeo y otras divinidades, asumiera estructuras iniciáticas para introducir a los nuevos creyentes al misterio de la fe cristiana.

Para evitar confusiones digamos desde el principio que misterio, esa realidad última y definitiva con la que nos encontramos, no es, para la fe cristiana, simplemente algo oculto y oscuro, un enigma, algo que se esconde y aleja, sino algo que se nos ha acercado y revelado en Jesús, el proyecto divino del Padre, proyecto de salvación en Jesucristo y el Espíritu ofrecido a todos los pueblos. En último término, el Misterio es Cristo, un Misterio inefable de salvación y amor (cf. Rm 16, 25; Ef 1, 9; 3, 3-9; Col 1, 26-27; 2, 2; 4, 3; 1 Tm 3, 16).

Esto supuesto, la Iglesia primitiva y patrística mantiene la estructura iniciática en la organización del catecumenado que preparaba a los nuevos cristianos para los sacramentos de la iniciación.³ En el catecumenado patrístico

² Cf. V. CODINA / D. Irarrázaval, *Sacramentos de iniciación: agua y espíritu de libertad*, Paulinas, Madrid 1987, 44-47.

³ *Ibid.*, 65-62.

descubrimos también: una separación o ruptura con el mundo anterior, lo cual implicaba un proceso de conversión, dejar anteriores oficios y situaciones de vida no correctas; una iniciación en la historia de salvación, la cual se concretaba en la entrega (tradicito) y explicación del Credo y el Padre nuestro; una muerte iniciática por la participación sacramental en la muerte y resurrección pascual de Jesús, simbolizada por el descenso a las aguas bautismales y el ascenso del agua, la efusión del Espíritu y la participación en la eucaristía comunitaria de la Iglesia. Ésta es la experiencia fundante del cristianismo; la transformación en una nueva persona, un nuevo nacimiento, un neófito, quasi modo geniti infantes; a todo ello se añadían en muchos lugares las catequesis mistagógicas, es decir, la iniciación más profunda en los misterios recibidos, pues estaban convencidos los Padres de la Iglesia que hay cosas que sólo pueden entenderse después de haberlas experimentado;⁴ también en el catecumenado la iniciación es realizada por expertos: diáconos, presbíteros, el obispo, con participación de toda la comunidad cristiana.

Este preámbulo nos ayudará a introducirnos en la mistagogía ignaciana.

1. Dios trató a Ignacio como un maestro de escuela a un niño

La historiografía ignaciana ha señalado y admirado con insistencia las grandes dotes de organización y liderazgo de Ignacio de Loyola; su capacidad de gestión, su habilidad eclesial y política para tratar los más diversos negocios con emperadores, príncipes y Papas; la prudencia en la legislación de su orden, la inmensa actividad apostólica y misionera que supo suscitar en la Iglesia de su tiempo, así como su fina captación de los elementos de un mundo nuevo que surgía en medio del ocaso de la edad media, etcétera.

⁴ Cirilo de Jerusalén justifica haber dejado para después de la experiencia bautismal la explicación más profunda del bautismo en las catequesis mistagógicas del siguiente modo: "Hace ya tiempo que deseaba, hijos legítimos y queridísimos de la Iglesia, tratar con vosotros de estos espirituales y celestiales misterios. Mas como estaba plenamente convencido de que la fe que entra por los ojos es mucho mayor que la que entra por los oídos, he esperado hasta la presente ocasión para que, hallándolos mejor preparados por vuestra misma experiencia, os pudiese conducir más fácilmente a este esplendoroso y oloroso prado del paraíso". CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis mistagógicas*, I, De las ceremonias del bautismo, n 1.

Todo esto es cierto, pero no logra penetrar en el corazón de Ignacio, en su fibra más íntima, en su aporte más original a la historia de la espiritualidad y de la Iglesia. Ignacio es ante todo y sobre todo un místico, un hombre arrebatado por el Señor, un hombre que ha sido iniciado por el Espíritu en el Misterio de la Divina Majestad, de Nuestro Creador y Señor; alguien que ha experimentado, aunque sea de lejos, el fulgor de la gloria de Dios en el seno del Misterio trinitario. Ha vivido una experiencia fundante que ha transformado toda su persona e iluminado toda la existencia. Su Diario espiritual nos revela la intimidad de su mística trinitaria, que se parangona con la experiencia de otros grandes místicos de la Iglesia, aunque su lenguaje no posea la poesía de Juan de la Cruz ni la soltura ni belleza literaria de Teresa de Jesús.⁵

Precisamente por ello, como todo místico que desea compartir su experiencia con otros e iniciarlos en esta experiencia fundante, Ignacio se convierte en un verdadero mistagogo, un sabio que inicia a otros en el Misterio de Jesús, en la experiencia espiritual. Porque Ignacio ha sido iniciado, puede iniciar a otros, comunicar lo que él mismo ha experimentado. Tanto en su propia vida como en su enseñanza a los demás veremos realizadas las estructuras iniciáticas que apenas hemos señalado.⁶

Así, antes de explicar las líneas fundamentales de la iniciación mistagógica ignaciana hemos de recorrer el proceso iniciático del propio Ignacio.

Su Autobiografía nos ofrece los rasgos fundamentales del proceso mistagógico. Este relato, en el que Ignacio se autodenomina "el peregrino", es un auténtico relato iniciático y mistagógico sobre su itinerario espiritual hacia Dios.

1.1. Segregación

Ignacio de Loyola, quien llevaba una vida desgarrada y vana en medio de la corte y la milicia, experimenta una ruptura y segregación repentina de su mundo caballeresco. Herido en una pierna mientras lucha contra los franceses para defender Pamplona, es trasladado en una litera a su casa natal, torre

⁵ Cf. R. ZAS FRIZ, "Mística ignaciana", en AA. VV., *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, Mensajero Sal Terrae, Bilbao/Santander 2007, 1255-1265.

⁶ Cf. V. CODINA, "Estructura iniciática de los *Ejercicios*", en *Manresa* 46 (1977) 291-307, y "Claves para una hermenéutica de los *Ejercicios*", en *Teología y experiencia espiritual*, Mensajero Sal Terrae, Santander 1977 (publicado posteriormente por el Centro de Estudios Cristianisme i Justícia, Seminario de Ejercicios núm. 12, Barcelona 1993); asimismo, X. MELLONI, "Mistagogía", en AA. VV., *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, Mensajero Sal Terrae, Bilbao/Santander 2007, 1247-1250.

de Loyola, en medio de dolores físicos y gran turbación interior. Sus ilusiones y fantasías de joven caballero se esfuman, y experimenta soledad y desconcierto. Es en Loyola donde Ignacio tiene su primera experiencia intensa del Señor e inicia su conversión interior. Esta conversión desencadena un largo proceso de ruptura con su anterior mundo conocido: deja su familia, parte de Loyola, en una búsqueda todavía muy incierta de algo nuevo. Su peregrinación a Aránzazu y luego a Montserrat, su larga confesión en el monasterio benedictino, la noche pasada ante Nuestra Señora en una vela de armas que deja atrás su vida de caballero mundano, su cambio de vestidos nobles por el pobre sayal del peregrino, no son más que signos de esta segregación interior que Ignacio experimenta. De Montserrat parte a Manresa “por no ser conocido”.⁷

Indudablemente, este apartarse del mundo anterior conocido no acaba en Manresa; su peregrinación “solo y a pie”⁸ le llevará a Jerusalén, Barcelona, Alcalá, Salamanca, París, Venecia y, finalmente, a Roma. Sin embargo creemos que Ignacio experimenta la ruptura fundamental en el paso de Loyola a Manresa, que será el principal escenario de su muerte iniciática.

1.2. Iniciación doctrinal

Ignacio era, en expresión de Jerónimo de Nadal, un cristiano popular (populariter christianus); su fe era la típica de la Cristiandad medieval, con cierto influjo de espiritualidad franciscana, pero no sólo con gran incoherencia moral y personal, sino con muy poca formación bíblica o teológica. La iniciación doctrinal de Ignacio se reduce a la lectura de la Vita Christi y el Flos Sanctorum que en Loyola le ofreció su cuñada Magdalena a falta de los libros de caballería que él le pedía. Añadamos la posible lectura, en Montserrat, de alguna obra espiritual de la Devotio moderna, en particular el Ejercitatorio de García de Cisneros, y comprenderemos que la iniciación doctrinal que tuvo Ignacio fue más bien pobre.

Aquí nos hallamos ante un hecho singular que rompe los esquemas de las mistagogías: no hubo propiamente un acompañante o guía espiritual que iniciase a Ignacio, sino que fue Dios mismo quien lo guió de modo personal:

⁷ *Autobiografía (AB)* 18.

⁸ *AB* 73.

“En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole”.⁹

Todas las experiencias espirituales de Ignacio en Manresa (y a lo largo de toda su vida), sus visiones e iluminaciones,¹⁰ fueron el modo con el que Dios le inició, comunicándosele personalmente. Ignacio cree que “si dudase en esto, pensaba ofender a su Divina Majestad”.¹¹ De ahí que llegase a afirmar que estaría dispuesto a morir por las verdades de la fe incluso si no hubiera Escritura, pues él las había experimentado de manera personal.¹² Dios mismo fue su mistagogo.

1.3. Pruebas iniciáticas

Manresa fue para Ignacio un auténtico escenario iniciático que le llevó a experimentar en su propia carne la muerte del hombre mundano anterior: tentaciones, desolación, escrúpulos, deseos de suicidio, falsas visiones de una serpiente con ojos brillantes, enfermedades mortales, etcétera.¹³ Fue un auténtico descenso a los infiernos, al mundo caótico de su psique humana; una muerte a su pasado triunfalista y glorioso, lleno del orgullo fálico de los Loyola.¹⁴ Dejemos a psiquiatras y psicoanalistas el estudio profundizado de estas situaciones humanas complejas¹⁵ y contentémonos con afirmar que también para Ignacio la mistagogía tiene una dimensión de muerte y resurrección, asociada al Misterio pascual de Jesús. No basta una adhesión doctrinal o incluso moral al Misterio del Señor; es necesaria una transformación personal que lleve a una identificación con Cristo. Éste es el núcleo de la experiencia fundante cristiana, la experiencia pascual. Volveremos sobre ello al hablar de la mistagogía de los Ejercicios espirituales, sobre todo al tratar de la tercera y cuarta semanas.

⁹ AB 19.

¹⁰ Cf. AB 20.

¹¹ AB 21.

¹² Cf. AB 29.

¹³ Cf. AB 22.

¹⁴ La familia de los Loyola se sentía muy orgullosa de su pasado, de su poder y, sobre todo, de las gloriosas hazañas de sus mayores. Este carácter prepotente y androcéntrico de los Loyola es calificado como “orgullo fálico” por el psicoanalista jesuita W. W. MESSNER en su libro *Ignatius of Loyola. The Psychology of a Saint*, Yale University Press, Cambridge 1992, 3-17.

¹⁵ Cf. L. BEIRNAERT, “Relire Ignace après Freud, Lacan et quelques autres”, en *Aux frontières de l'acte analytique*, Seuil, París 1987, 199-243.

1.4. Un hombre nuevo

Manresa fue la Iglesia primitiva de Ignacio, el lugar de manifestación del Resucitado y de su Espíritu. De todas las numerosas visiones y experiencias espirituales destaca la ilustración junto al río Cardoner, que le abrió los ojos a algo totalmente nuevo, al grado de “que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto que tenía antes”, y de “que le parecían todas las cosas nuevas”.¹⁶

Esta ilustración, más que ofrecerle a Ignacio contenidos nuevos concretos, fue como una fuente de luz que ordenó todo su caos interior en un orden nuevo, unos ojos nuevos, un don de discreción que le permitió ir discerniendo la voluntad divina a través de la realidad y llegar a concretar a lo largo de su vida su entrega y conversión a Dios, su servicio al Reino. Desde entonces Ignacio contemplará a Dios en el mundo, en la realidad, no al margen de ella; su mística se volverá “mundana”, la mística de la *Weltfreudigkeit*, en expresión de Karl Rahner.

No negamos que la experiencia espiritual ignaciana haya ido creciendo a lo largo de su vida. No podemos olvidar la célebre visión de La Storta, ni las experiencias místicas relatadas en su Diario espiritual. Lo que queremos subrayar es que todo su dinamismo espiritual parte de esta intensa experiencia mistagógica en Manresa. Al final de su Autobiografía, Ignacio afirmará que desde su conversión dejó de tener conciencia de pecado mortal, “siempre creciendo en devoción, esto es, en facilidad de encontrar a Dios, y ahora más que en toda su vida. Y siempre y a cualquier hora que quería encontrar a Dios, lo encontraba”.¹⁷ Este dinamismo surge a partir de Manresa.

Las notas que Ignacio fue tomando en este largo proceso mistagógico constituirán la base para su metodología para iniciar a otros en la mistagogía en la que él mismo fue iniciado por el Señor. Los Ejercicios espirituales serán la formulación de la mistagogía ignaciana para ayudar a los demás.

2. Los Ejercicios espirituales como mistagogía

Se ha escrito tanto sobre los Ejercicios espirituales que es difícil aportar elementos nuevos. Sin embargo, para el gran público, para muchos sectores de la Iglesia, para muchos autores de espiritualidad, los Ejercicios espirituales

¹⁶ AB 28.

¹⁷ AB 99.

son algo realmente desconocido, pues la imagen que se tiene de ellos, la misma práctica que se ha experimentado, la opinión común que tradicionalmente se conoce, son más una caricatura que una aproximación a la realidad del texto ignaciano.¹⁸

Tal como hemos visto que en muchos sectores ha prevalecido el Ignacio estratega y líder más que el Ignacio místico que derramaba lágrimas, cuyo rostro se encendía de emoción en la eucaristía y de “devoción rúbea”, en medio de misteriosas e inefables “loquelas”, asimismo ha prevalecido la idea de que los Ejercicios son un compendio de verdades eternas para lograr la conversión de los pecadores, un método ascético para el autodomínio personal, una forma de tomar decisiones con base en razones a favor y en contra, una norma para aceptar ciegamente el magisterio de la Iglesia jerárquica, una ayuda para la introspección psicológica, un adoctrinamiento moral, un lavado de cerebro para conciencias tímidas, una forma de crear dependencia, etcétera.

Sin embargo, llama la atención que las acusaciones que tuvieron que enfrentar los jesuitas durante los comienzos de la vida de Ignacio y de la primitiva Compañía de Jesús fueran totalmente otras: se acusaba a los Ejercicios de misticismo, iluminismo, subjetivismo y quietismo; de ser un método propenso a las corrientes de los alumbrados; de confiar excesivamente en las inspiraciones del Espíritu y generar gente crítica y poco obediente.¹⁹ Sin duda, entre las intuiciones ignacianas de los Ejercicios y algunas expresiones de la reforma luterana, algunos veían más de un parecido. Por todo ello, Ignacio no cesó hasta que el Papa aprobó el texto de los Ejercicios espirituales en 1548.

Esto nos hace sospechar que la hermenéutica que durante mucho tiempo se ha hecho de los Ejercicios no ha sido la correcta. Afirmamos que sólo una aproximación a los Ejercicios como mistagogía ignaciana nos puede devolver una lectura correcta del texto.

Comencemos afirmando que los Ejercicios no son un libro para ser leído, sino para ser practicado; un libro que recoge la experiencia vivida por Ignacio

¹⁸ Cf. X. MELLONI, *La mistagogía de los Ejercicios*, Mensaje Sal Terrae, Bilbao/Santander 2001.

¹⁹ Cf. H. Rahner, “Werdet kundige Geldwechsler. Zur Geschichte der Lehre des heiligen Ignatius von der Unterscheidung der Geister”, en F. WULF, *Ignatius von Loyola. Seine geistliche Gestalt und sein Vermächtnis, 1556-1956*, Echter-Verlag, Würzburg 1956, 301-341.

fundamentalmente en Manresa.²⁰ Es más, no es un libro para entregar al ejercitante, sino uno para “el que da los ejercicios”, quien comunicará y transmitirá a cada persona lo que juzgue conveniente, y que el ejercitante a su vez hará suyo en la medida en que lo ejercite vital y personalmente. Tenemos, pues, una variedad de niveles semióticos, como Roland Barthes ha reconocido: el texto literal para el que da los Ejercicios; el texto semántico, que es lo que comunica el que da los Ejercicios al ejercitante; el texto alegórico, que es lo que el ejercitante ha de ejercitar, y el texto anagógico, el más profundo, que es lo que Dios comunica al ejercitante.²¹

Las “Anotaciones” que preceden al desarrollo de la metodología y las “Adiciones” para cada etapa nos señalan que se trata de un manual práctico, no de un libro sobre disquisiciones teóricas. La misma advertencia de que el ejercitante no sepa lo que vendrá luego, sino que siga el método paso a paso,²² nos indica que estamos ante un proceso iniciático.

Para confirmar nuestra hipótesis veamos si en los Ejercicios se encuentran, y de qué modo, las constantes formales de todo proceso mistagógico. No vamos a centrarnos tanto en los contenidos teológico y espirituales, cuanto en el proceso interno de su estructura mistagógica.

2.1. Segregación y ruptura

No todo el mundo debe ser admitido a realizar este proceso; hay que discernir si la persona es apta para ello, si tiene sujeto.²³ A esto se añade la recomendación de dejar su lugar habitual de vida.²⁴ Pero esta separación local es sólo un símbolo de que se va a comenzar algo nuevo y que rompe con lo vivido hasta ahora. Esto se realiza en la primera semana, cuando la consideración del pecado, tanto ajeno como personal, introduce al proceso iniciático un momento de clara ruptura: hay que descender a los propios infiernos,²⁵

²⁰ No queremos entrar aquí en el tema histórico-literario del génesis y la composición de los *Ejercicios*, pero todos los autores dan por supuesto que lo fundamental se debe a su tiempo en Manresa, aunque seguramente hubo complementaciones posteriores en París o incluso en Roma. Cf. X. MELLONI, “*Ejercicios espirituales*. Génesis del texto”, en AA. VV., *Diccionario de espiritualidad...*, 685-689.

²¹ R. BARTHES, *Sade, Fourier, Loyola*, Seuil, París 1971, 7-11.

²² *Ejercicios espirituales* (EE) 11.

²³ Cf. EE 18-20.

²⁴ Cf. EE 35-36.

²⁵ Cf. EE 65-71.

sentirse pecador, llaga y postema, pero al mismo tiempo sentirse salvado misericordiosamente por el Crucificado, ante el cual se inicia un coloquio de misericordia, gratitud, perdón y entrega hacia el futuro.²⁶ Se comienza por la negatividad, por el mal y el pecado, para ser dialécticamente superado. Evidentemente esta primera semana refleja la experiencia de la conversión de Ignacio desde Loyola a Montserrat y Manresa. Es lo que tradicionalmente se ha llamado la vía purgativa.²⁷

2.2. Contemplación de la vida de Jesús

La iniciación doctrinal en los mitos de origen, típica de la mistagogía, se concreta aquí en la contemplación de la vida de Jesús desde su encarnación hasta su ascensión gloriosa. Ésta es la materia de las semanas segunda, tercera y cuarta. En este sentido, los Ejercicios son una “cristagogía”,²⁸ un dejarse moldear osmóticamente por la figura de Jesús de Nazaret, núcleo de la experiencia cristiana que nos abre al Padre en el Espíritu. No se trata en los Ejercicios de ofrecer un estudio bíblico ni una exégesis de los evangelios, sino de proponer una contemplación partiendo de la historia o letra de la escritura recordada y propuesta brevemente. Más aún, la célebre segunda “Anotación”, donde se insiste en que “no el mucho saber harta y satisface al alma sino el sentir y gustar de las cosas internamente”,²⁹ nos muestra claramente que no se trata de un adoctrinamiento intelectual sino de una auténtica mistagogía, una iniciación en la experiencia fundante del cristianismo. La decimoquinta “Anotación” recuerda al que da los Ejercicios que no interfiera y deje que “el mismo Criador y Señor se comunique a la su ánima devota, abrazándola en su amor y alabanza”.³⁰

Ahora bien, esta contemplación de los misterios de la vida de Cristo tiene una orientación especial, típicamente ignaciana, que se distingue de la contemplación de la Devotio moderna y de otras espiritualidades más centradas en la dulcedo. La vida de Cristo es propuesta como un itinerario, como el conocimiento interno del Señor, mientras que el amor hacia él desemboca en

²⁶ Cf. EE 61.

²⁷ Cf. EE 10.

²⁸ Cf. J. M. RAMBLA, *Nuestra vida escondida con Cristo en Dios*, Cristianisme i Justícia, Barcelona 2002, 91.

²⁹ EE 2.

³⁰ EE 15.

el seguimiento, un seguimiento que desde la Contemplación del Rey eterno³¹ marcará todo el proceso de los Ejercicios. El seguimiento es la respuesta generosa y agradecida del pecador perdonado. Ignacio nos ofrece una hermenéutica de los evangelios desde la clave del seguimiento de Jesús.

Pero este seguimiento de Jesús en su llamada hacia el Reino ciertamente no es una mera imitación, aunque tampoco un seguimiento simplemente ético o moralista, pues Jesús no es un simple maestro ni un profeta, tampoco el fundador de una religión. El seguimiento que nos propone Ignacio es algo más profundo, místico; es identificación con Cristo, la vida en Cristo, la transformación de la propia existencia por el Espíritu de Jesús; es transfiguración del mismo ser, poder participar por medio de la fe en el Misterio trinitario del Padre y el Espíritu por el Hijo encarnado. El seguimiento no es jesusología, ni jesuanismo, sino mistagogía, participación en la autocomunicación del Misterio trinitario de Dios en Cristo y el Espíritu. Ignacio quiere iniciar en los misterios que él mismo experimentó en Manresa, y que culminaron en su mística trinitaria de Roma.

Así, el desarrollo de la contemplación de la vida de Cristo no es homogéneo. Si la segunda semana corresponde a la llamada vía iluminativa,³² las contemplaciones de la pasión durante la tercera semana y de la resurrección en la cuarta tienen otra densidad. De acuerdo con algunos, si bien Ignacio no habla de ello, las semanas tercera y cuarta corresponden a la vía unitiva. Sea cual sea el nombre que le demos, lo cierto es que en estas dos últimas semanas el seguimiento culmina en una petición de identificación con el Misterio de la cruz y la resurrección, con el Cristo doloroso y el Cristo glorioso. Este seguimiento es siempre una gracia que hay que pedir, no una conquista voluntariosa.

2.3. Muerte iniciática: la elección

Como hemos dicho antes, la contemplación de la vida de Cristo tiene una cesura que marca el paso de la segunda semana a la tercera y la cuarta. Esta identificación con Cristo en las dos últimas semanas está íntimamente vinculada al proceso de elección en el que culmina la segunda semana.

Este proceso eleccionario está muy cuidadosamente preparado por Ignacio, lo cual no se explicaría si la elección se limitase a una simple decisión intelec-

³¹ Cf. *EE* 98-100.

³² Cf. *EE* 10.

tual basada en una valoración de los pros y los contras. La elección es un momento muy delicado, el momento del parto como afirman algunos Directorios de Ejercicios. La ruptura inicial, el descenso a los propios infiernos de la primera semana culmina en este trance iniciático: es el paso de la muerte a la vida; es morir al propio amor e interés³³ para nacer a algo nuevo y desconocido que el Espíritu está engendrando en nosotros. Así, no es extraño que en este tiempo el ejercitante se sienta turbado y agitado, como lo estuvo Ignacio en Manresa. Por esto se le dice al que da los Ejercicios que si el ejercitante no se siente agitado y conmovido, inquieto bien si está realizando con seriedad el proceso.³⁴ Los Ejercicios no son un simple retiro espiritual que ayude a la devoción; son una mistagogía.

La llamada "jornada ignaciana" resume toda esta preparación para la elección. En primer lugar, en la meditación de "Dos banderas", Ignacio propone los criterios evangélicos para una elección, para no ser engañados por el mal caudillo: frente a la codicia de riquezas, vano honor del mundo y soberbia, Cristo Nuestro Señor nos presenta su programa de pobreza espiritual e incluso real, deseo de oprobios y menosprecios, y de humildad.³⁵ A través de este programa, Jesús nos revela el Misterio último del Padre, que es entrega amorosa, vaciamiento humilde, el poder de la ternura y la misericordia. Pero Ignacio, como buen maestro de la sospecha, no da por supuesto que el ejercitante realmente tenga una voluntad decidida a buscar lo mejor y, por lo tanto, propone la meditación de tres grupos de hombres, "Tres binarios",³⁶ quienes tienen diversas disposiciones ante una opción posible. Para saber cuál es su disposición real, el ejercitante debe mirarse en ellos como ante un espejo. Pero, además, Ignacio apela a los sentimientos más profundos del corazón al proponer en las "Tres maneras de humildad",³⁷ el deseo de identificarse con el Cristo pobre y estimado por loco, más que el desear riqueza y honores. Es una locura evangélica, necedad para el mundo, pero sabiduría de Dios.

³³ Cf. EE 189.

³⁴ Cf. EE 6-7.

³⁵ Cf. EE 137-148.

³⁶ EE 150-157.

³⁷ EE 165-167.

En el contexto de la elección se sitúan las reglas para discernir espíritus,³⁸ con la idea de que el ejercitante elija su modo de vida, movido por la consolación divina, fruto del buen Espíritu, que produce aumento de fe, esperanza y amor, gozo interno y paz profunda. La buena y sana elección puede hacerse de tres formas: bajo el impulso divino que mueve a la voluntad de modo cierto e indudable; en clima de discernimiento de consolaciones y desolaciones, y, finalmente, en una situación tranquila, considerando el origen y el destino humano.³⁹ Estamos muy lejos de un racionalismo frío y calculador; nos encontramos más bien en un cálido ambiente espiritual de oración, mociones internas del Espíritu y gozo interior. Elegir es gracia. El Señor es quien nos elige y escoge, y nos pone en el corazón lo que hemos de elegir.

Este delicado proceso eleccionario es lo que hace pasar de una simple contemplación y seguimiento de Jesús a una identificación con Él, pues por la elección hemos sido introducidos al misterio más profundo del Señor, a la vida en Cristo. Así, no es casual que la tercera semana se inicie con la contemplación de la Última cena, donde el ejercitante que ha elegido el camino del Señor se identifica con el Cristo que va a la pasión, y que en el pan y el vino entregados simboliza realmente la entrega de toda su vida. En este pan y vino se unen la elección y la ofrenda del ejercitante, su vida al servicio del Reino.

Por esto, tanto la tercera como la cuarta semana, aunque tengan un clima distinto (cruz y gloria), integran al ejercitante al Misterio pascual: el ejercitante muere en y con Cristo para resucitar con Él a una vida nueva.

2.4. Una vida nueva

La “Contemplación para alcanzar amor”, propuesta al final de los Ejercicios,⁴⁰ es algo más que un puente entre éstos y la vida ordinaria. Es una prolongación de la cuarta semana; es comenzar a vivir la vida nueva del Resucitado, la vida según el Espíritu, pues hemos muerto y resucitado con Él en la prueba iniciática de la elección que nos ha introducido al Misterio pascual. Ahora podemos amar y servir a su Divina Majestad en todo.⁴¹ Es revivir la experiencia fundante de Ignacio en el Cardoner, cuando se sintió un hombre nuevo y todo le pareció diferente. Se trata de la facilidad de poder

³⁸ Cf. *EE* 313-336.

³⁹ Cf. *EE* 175-188.

⁴⁰ *EE* 230-237.

⁴¹ Cf. *EE* 233.

encontrar siempre a Dios, algo que Ignacio vivió intensamente en los últimos años de su vida, es decir, poder hallar a Dios en todas las cosas, no sólo en la oración, sino en el trabajo, en el compromiso por el Reino, en el sufrimiento y en el gozo. La expresión de Nadal, "contemplativos en la acción", expresa de forma más técnica lo que Ignacio formula de modo más sencillo: familiaridad con Dios en todo.

Indudablemente, esta nueva vivencia presupone todo el proceso iniciático anteriormente recorrido: ir rompiendo con el mundo del pecado, la contemplación transformadora de la vida del Jesús histórico, la elección conforme al designio de Dios experimentado interiormente y la asimilación al Misterio pascual. Es el final de la mistagogía; hemos sido introducidos al Misterio, que no es otro que el Misterio de Cristo muerto y resucitado, que nos abre el camino al Padre y nos derrama su Espíritu. Ignacio habla de la Divina Majestad, de Nuestro Criador y Señor, habla del buen espíritu porque teme ser tenido por iluminado o alumbrado si menciona al Espíritu Santo. Pero con su lenguaje tosco de vasco, con su teología todavía medieval, con su cultura de noble caballero, nos transmite su experiencia mística y nos inicia en el Misterio. Por esto Ignacio, tan parco en sus palabras y menos aún en alabanza propia, llegará a decir que los Ejercicios son "todo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar a sí mismo, como para poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros muchos".⁴²

2.5. El iniciador: el que da los Ejercicios

Como todo proceso mistagógico, los Ejercicios no se conciben sin un acompañante o iniciador. Ignacio jamás llama director al que orienta este proceso, sino que simplemente y de un modo muy funcional habla de "el que da los ejercicios". No es un líder que mueve, no es un maestro en teología ni un confesor que absuelve pecados,⁴³ sino una persona que inicia, un mistagogo que ha sido previamente iniciado en esta experiencia. Su figura recuerda a la de los padres espirituales de la monástica primitiva, personas con conocimientos de las cosas divinas y con el don de discreción; personas capaces de

⁴² Carta de Ignacio enviada al P. Manuel Miona desde Venecia, fechada el 16 de noviembre de 1536, en *Obras completas de San Ignacio de Loyola*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1991, 736.

⁴³ Cf. *EE* 15, 2 y 17 respectivamente.

ayudar y engendrar un hijo de Dios adulto y libre.⁴⁴ Su función no es doctoral ni meramente psicológica, sino pneumática, sin pretender avanzarse a la gracia ni sustituir la acción directa de Dios, sobre todo en el momento delicado de la elección.

Evidentemente, contra esta exposición de la dimensión mistagógica de los Ejercicios, se puede objetar con razón que durante muchos años ni la teoría ni la práctica de los Ejercicios han ido por tal camino. Aunque Ignacio propone varias formas de adaptación de los Ejercicios,⁴⁵ la práctica habitual durante muchos años ha sido muy diferente de la perspectiva mistagógica original ignaciana: Ejercicios masivos casi sin acompañamiento personal; Ejercicios únicamente para la primera semana con meditaciones —a veces terroríficas— sobre las verdades eternas y con el fin de obtener una buena confesión; Ejercicios convertidos en adoctrinamiento espiritual o teológico; Ejercicios encaminados a propósitos voluntaristas sin ninguna enseñanza de reglas de discernimiento; Ejercicios repetidos cada año, con lo cual pierden su carácter originario de experiencia iniciática; Ejercicios reducidos a unos pocos días, etcétera.

Ha sido la vuelta a los orígenes más auténticos de la vida y espiritualidad ignaciana la que nos ha permitido redescubrir esta dimensión auténticamente mistagógica de los Ejercicios. La seriedad con la que Ignacio dio los Ejercicios a sus primeros compañeros en París (Fabro, Xavier) y la seriedad con la que éstos los llevaron a cabo, son ambas muestras de que eran algo más que simples pláticas espirituales piadosas. Cuando Ignacio funda la Compañía de Jesús, los Ejercicios serán una de las experiencias o probaciones (pruebas) que habrán de practicarse en el noviciado,⁴⁶ de modo que lo que Ignacio experimentó en su vida pueda servir para iniciar a los nuevos compañeros, pues la Compañía no es una empresa ni una organización apostólica, sino ante todo “un camino hacia Dios” (*via quaedam ad Dominum*),⁴⁷ una mistagogía que participa de la experiencia fundante de Ignacio de Loyola.

⁴⁴ Cf. I. HAUSHERR, *Direction spirituelle en Orient autrefois*, Orientalia Christiana Analecta 144, Pont. Institutum Orientalium Studiorum, Roma 1955.

⁴⁵ Cf. “Anotaciones” 18-20.

⁴⁶ Cf. *Constituciones* 65.

⁴⁷ Fórmula de la Compañía de Jesús aprobada por Julio III en 1550, 1.

3. Actualidad y perspectivas

3.1. Ignacio como “reformador”

Ordinariamente se suele decir que frente a la Reforma luterana el Señor suscitó la Contrarreforma católica y, entre otros, a Ignacio de Loyola. Hoy día se está revisando esta posición excesivamente simplista y cada vez se está más de acuerdo en que la Reforma fue un movimiento espiritual que abarcó a toda la Iglesia, movimiento que deseaba volver al evangelio de forma radical, volver a la experiencia espiritual, a la pobreza y humildad de Jesús de Nazaret, a la cruz, al Espíritu. En este sentido, la propuesta de Ignacio, como la de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, es de una verdadera Reforma, aunque con el correr de los tiempos y los acontecimientos se asumiera, sobre todo después de Trento, una postura polémica y apologética, que daría pie a la denominación de Contrarreforma católica.

Con esto queremos significar que Ignacio de algún modo intuyó que la Iglesia no podía seguir siendo una institución meramente cultural, donde todos eran cristianos por la tradición bautismal y el esquema de la Cristiandad. Ignacio, en el fondo, quiso retomar la estructura iniciática de la Iglesia primitiva y dar al catecumenado antiguo una profundización personal. Una institución religiosa que no conduzca a su experiencia fundante está condenada al fracaso. Si la Iglesia no es una mistagogía hacia la experiencia pascual, no puede ser la Iglesia de Jesús.

A partir de su experiencia mística, la cual le hizo pasar de “cristiano popular” a seguidor de Jesús y servidor de la Iglesia, Ignacio intuye la necesidad de que el mayor número de cristianos sea iniciado en la fe a través de un proceso mistagógico por el que, de hecho recorriendo las grandes etapas del catecumenado patrístico, viva en el plano existencial lo que recibió sacramentalmente durante la infancia. Por esto, los Ejercicios recorren también las grandes etapas de la iniciación cristiana catecumenal: conversión, iniciación en los misterios de la fe con una adhesión personal a Cristo, iniciación en la oración y el discernimiento, muerte existencial al pecado y resurrección a una vida nueva desde la asimilación vital del Misterio pascual, simbolizado sacramentalmente en el bautismo.

Frente a una Iglesia de Cristiandad sumamente jerarquizada y mundanizada, Ignacio propone volver a la radicalidad del evangelio del Jesús pobre y humilde, y a una vida al servicio del Reino. Y todo ello bajo la fuerte expe-

riencia del Espíritu, aunque Ignacio silencie su nombre por prudencia. Dicho de otro modo, a partir de su propia experiencia, Ignacio desea ser el mistagogo que inicie en una vida cristiana verdadera, en el Misterio del Dios vivo y verdadero que se nos ha revelado en el Jesús kenótico de Nazaret, en la experiencia fundante de la fe cristiana. Ésta es su contribución mayor no sólo a la Iglesia de su tiempo sino a toda la historia de la espiritualidad.

3.2. Actualidad de la mistagogía ignaciana

Han pasado varios siglos, la Cristiandad hoy está agonizando o ya está muerta en muchos lugares;⁴⁸ vivimos en un mundo secular, pluralista, globalizado, materializado, que ya ni siquiera profesa los grandes ateísmos del siglo XIX, sino que en muchos sectores respira simplemente indiferencia religiosa o agnosticismo. La huella de Dios parece haber desaparecido de la vida pública de muchos países; se afirma que finaliza la época religiosa axial que surgió hace miles de años y que entramos en un nuevo paradigma espiritual. No podemos caer en simplismos y acusar a la sociedad moderna y postmoderna de esta crisis de fe, sino preguntarnos si la Iglesia como institución religiosa ha sido capaz de iniciar a la generación de hoy en la experiencia fundante del cristianismo. La célebre frase de Karl Rahner de que el cristiano del futuro será un místico o no será cristiano tiene hoy plena actualidad. Pero estas palabras de Rahner hay que situarlas en su contexto original, que es el de la urgencia de una mistagogía:

Se necesita una mistagogía o iniciación a la experiencia religiosa que muchos estiman no poder encontrar en sí mismos, una mistagogía de tal especie que uno mismo pueda llegar a ser su propio mistagogo [...] Porque la espiritualidad del futuro no se apoyará ya en una convicción unánime, evidente y pública, ni en un ambiente religioso generalizado, previos a la experiencia y a la decisión personales. La educación religiosa usual hasta ahora podrá ser en adelante solamente un adiestramiento muy secundario para la vida religiosa institucionalizada. La mistagogía es la que habrá de proporcionar la verdadera "idea" de Dios partiendo de la experiencia de que la base del hombre es el abismo, de que Dios es esencialmente el Incomprensible, de que su incomprensibilidad, en lugar de disminuir, aumenta a medida que se

⁴⁸ Cf. V. CODINA, "La agonía de la Cristiandad", en *Cuarto intermedio* 89 (diciembre 2008) 81-94.

le va conociendo mejor, a medida que Dios se acerca a nosotros en su amor, en el que se da a sí mismo.⁴⁹

El mismo Benedicto XVI en su primera encíclica, "Dios es amor", escribe: "No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida, y con ello, una orientación decisiva".⁵⁰

Con otras palabras, es hoy necesaria una mistagogía que nos haga acceder a la experiencia del encuentro con el Misterio personal del Señor. Para esta tarea los Ejercicios ignacianos pueden ser un instrumento muy útil y muy actual para adentrarnos, con la ayuda de la gracia del Espíritu, en la experiencia fundante del cristianismo.

Por otra parte, la mistagogía ignaciana no es una mistagogía confesional católica, sino que es un proceso que hace más profunda la esencia del evangelio de Jesús, más allá de todas las diferencias confesionales. Cualquier cristiano puede recorrer este camino mistagógico, que hoy está abierto al ecumenismo.

Más aún, el esquema mistagógico formal ignaciano puede ser seguido por el creyente de cualquier religión, en la medida que nos abre al Misterio último y absoluto, a la Realidad definitiva, sea cual sea el nombre que le demos. Como hemos visto, la iniciación es una categoría común a la historia de todas las religiones, aunque sus contenidos puedan ser diferentes y el Misterio cristiano tenga una dimensión de acercamiento encarnatorio en Cristo, dimensión ausente en otras religiones. Sin morir a una vida inauténtica y mundana, no puede el ser humano abrirse al Misterio y nacer a una vida nueva. La mistagogía ignaciana se puede abrir al diálogo entre las religiones.

3.3. Mistagogía ignaciana y teología

No queremos acabar sin hacer, aunque sea brevemente, una alusión a la conexión entre la mistagogía ignaciana y la teología.

Si toda reflexión teológica parte de una experiencia espiritual, la mistagogía ignaciana se puede convertir en fuente de una teología original, que responda tanto a los procesos personales como a las exigencias del tiempo que nos toca vivir. Aunque se puede encontrar cierto aire de familia en todas las teo-

⁴⁹ Cf. K. RAHNER, "Espiritualidad antigua y nueva", en *Escritos de teología*, VII, Ediciones Cristiandad, Madrid 1967, 25-26.

⁵⁰ BENEDICTO XVI, "Dios es amor", n 1.

logías que brotan de la mistagogía ignaciana, sin embargo, la apertura al Misterio del Señor y la búsqueda heurística constante de su voluntad a través del discernimiento, propias de los Ejercicios, han originado teologías diferentes, de acuerdo a los diferentes signos de los tiempos: las teologías clásicas barrocas preocupadas por la reivindicación de la libertad humana tanto personal como social en Suárez, Mariana y Molina; la preocupación por la inculturación en Ricci y De Nobili; modernamente, el acento en la autocomunicación (*Selbstmitteilung*) del Misterio de Dios a la criatura en Karl Rahner; una teología estética y teodramática en Hans Urs von Balthasar; la teología del catolicismo y de las paradojas de la Iglesia en De Lubac; el sentido de la liturgia en Jungmann; el dinamismo evolutivo de toda la creación hacia el punto Omega en Teilhard de Chardin; la libertad religiosa en Murría; la preocupación por la liberación de los pobres y crucificados de este mundo en Ellacuría, Sobrino, J. L. Segundo, González Faus, Libanio y A. Pieris; una teología desde la mujer en María Clara L. Bingemer; la apertura al diálogo entre las religiones en Du Puis, Melloni, De Mello, Amaladoss, etcétera. Sin duda el camino queda abierto a otras configuraciones teológicas y a otros agentes.

Conclusiones

Más allá de las diversas conceptualizaciones, la experiencia mística nos hermana a todos. Los místicos vuelven hoy a ser actuales y, frente a un mundo secularizado, nos ayudan a dar sentido a nuestra existencia, al cosmos, a la vida y la muerte. La mistagogía es hoy más necesaria que nunca. Ignacio de Loyola nos ofrece un camino iniciático, el que él como peregrino siguió hasta llegar al Señor. La mistagogía ignaciana es un don y una oferta abierta a todos. No es la única, ni es algo sagrado e intocable; puede y debe adaptarse y actualizarse, pero no deja de ser un camino abierto hacia el encuentro con el Señor que puede darle un nuevo horizonte y una orientación decisiva a nuestra vida de peregrinos hacia el Señor. El peregrino de Loyola se ha convertido en un mistagogo para el presente.